



TINA Y LU

TINA AND LU

*Juan Felipe Arroyave**

“Hay un amplio cielo azul. Debajo estoy yo, parada en una esquina del jardín. Mucha gente conoce a mis padres, y la mayoría me conoce a mí; algunos conocen el jardín y hay quienes inclusive caminaron hasta este rincón. Pero yo, entre todas las personas que hay bajo el cielo, soy la única que conoce a este pequeño retoño de manzana. Por eso puedo decir sin insolencia que en realidad me pertenece, porque cuando estoy lejos no le queda más remedio que existir en mis pensamientos. Pienso: ¿Qué es lo que pienso?”.

La puerta del cuarto se abrió; Lu miró sobre el cuaderno y encontró los ojos atentos de Tina.

* Comunicador Social de la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente se desempeña como profesor de la misma Universidad. Dirección electrónica: tommib@gmail.com

“Oh” Dijo Lu.

“¿Qué lees?” preguntó Tina, sentándose en la cama.

“No– nada” aseguró Lu desde el piso, descargando el cuaderno cerrado de la forma más casual posible sobre el nochero de caoba, sin levantarse. Tina subió los pies calzados a la cama y se acostó. Lu observó con inquietud, pero no dijo nada.

“En todo caso,” Tina empezó a hablar con gravedad, mirando fijamente el cielorraso. “Ayer me llamó, y fue bastante –*eh*. No sé, *patético*”.

Lu había girado hacia la ventana de la habitación, su hombro apoyado con firmeza contra el nochero.

“Hey, Lu” dijo Tina, girando hacia el lado por un instante. “¿Estás oyendo?”.

“¿Uh?” Se sorprendió Lu. “Sí– ¿Te llamó quién, perdón?”.

“Julián. Me llamó Julián. ¡Dios! Fue tan patético”.

“¿Por?”.

Tina frunció el ceño. “Para empezar, sonaba muy nervioso. Yo estaba *aterrada*. Es decir– creo que es posible que estuviera *tocándose* o algo”.

Lu cerró los ojos y suspiró. Conocía bien ese talento particular de su interlocutora para soltar bombas dentro de cualquier oración.

Tina se había incorporado levemente para medir la reacción de Lu, pero desde la cama sólo se veía la espalda y la parte de atrás de su cabeza.

“Nah, Tina, qué va” Murmuró Lu. “No podía haber estado haciendo eso”.

“Claro que es posible” respondió Tina con un rastro de indignación en la voz. “Tiene mucho acné. Eso le pasa a la gente que se toca”.

“¿Qué más te dijo?” preguntó Lu, tratando de acelerar la conversación.

Tina se puso nuevamente boca arriba. “Nada, realmente. Que el otro día había pensado en enviarme flores, pero que no sabía la dirección de mi casa. Yo no le daría mi dirección jamás, claro. ¿Te imaginás eso? Me tocaría comprar una *pistola* o algo sólo para salir a la esquina”.

“Vamos,” repuso Lu con impaciencia.

“¡De verdad lo haría!” Tina se incorporó con los ojos muy abiertos, ruborizada. “¿No has visto en las noticias a los acosadores y todo eso?”.

Lu no respondió. Bajo la ventana se extendía un pequeño jardín; detrás de una cerca de madera se divisaba una de las paredes laterales de la casa de Tina.

“¿Oye, te dijo qué flores?” preguntó Lu, volviéndose hacia la cama.

“¿Cómo?” dijo Tina, levantando ligeramente la cabeza de la almohada.

“Sí- ¿Dijo de qué tipo de flores era el ramo que iba a mandarte?”.

“No” respondió Tina, ligeramente molesta. “¿Para qué le iba a preguntar? Rosas o algo. Es decir, ¿Quién pregunta ese tipo de cosas?”.

“Lo siento” dijo Lu volteando de nuevo hacia la ventana.

La habitación se quedó en silencio por un instante. Tina había cerrado los ojos, y respiraba suavemente. Lu apoyó las manos en el piso y se incorporó con lentitud. Recogió las cosas que había sobre el nochero y empezó a caminar hacia la puerta.

“Oye, ¿A dónde vas?” preguntó Tina desde la cama.

Lu se detuvo. “Voy por algo de comer– ¿Querés algo?”.

“No, dale” dijo Tina, girando hacia su costado y cerrando los ojos. Lu atravesó la habitación y salió, ajustando la puerta cuidadosamente detrás de ella. Recorrió sin prisa el pasillo alfombrado que llevaba al primer piso y se detuvo junto al poste de las escaleras. Apoyó una mano en el pasamanos, cerró los ojos y respiró profundo.

“Dios mío” musitó. 